A esa hora, emergian los sobrantes de la noche, cuerpos fantásticos reptando por las aceras húmedas luego de trajinar por naipes, sábanas, vinos. El frio se afilaba en las esquinas, corria veloz por las avenidas. Nicanor Sierra se habia dejado caer sobre un banco, el cuerpo inerte como un saco vacio, mientras las preguntas sin respuesta lo acosaban, le prestaban pequeños escalofrios, dudas sobre si salir disparado en una carrera vertiginosa sin tregua ni fin, o quedarse ahi, como una roca más de la cantera del parque, viendo clarificarse los árboles, las veredas recobrar su color de caliza y las gentes sus urgencias, sus rictus desesperados. ¿Qué hacer, ahora? Le sobrevenia una saliva agria a la boca, junto a espasmos como los estertores de una muerte violenta, y mil rostros, conocidos unos, desconocidos otros, en un vértigo desenfrenado de tiovivo, acudian como a una convocación de fantasmas. "Se le notifica por la presente, que a partir del dia de la fecha, queda usted separado de sus funciones, sin derecho a indemnización ni reclamo..." Firmaba el jefe, Vicente Garrido. Siempre él, autor de las sentencias que lo habian condenado a cambios de sectores, multas, suspensiones. Y ahora, este mazazo brutal: el despido. Pero, ¿por qué?.

–...porque usted no rinde de acuerdo a nuestras necesidades...– le habia explicado el señor Garrido con un aire entre desdeñoso y altivo.

Con toda la sangre agolpada en la cara, Nicanor Sierra se habia avalanzado sobre el jefe.

–¡Pero usted no puede, después de veinte años...!

Algunos compañeros lo rodeaban en circulo. Era como asistir a su propio funeral. Podia verse lacrimoso, temblequeante el cuerpo enjuto, y a Ana Maria que acercaba afectuosamente una mano hasta un brazo de él, (estaba vieja, no se habia dado cuenta que habia envejecido cruelmente) Gómez ojeroso y hermético lo convidaba en silencio con un cigarrillo, de una forma puerilmente ceremoniosa, como si fuera la última vez, el cadete estremecido por algo horrible que habia pasado en la oficina y no sabia bien que era, y otros que no se acercaban, que miraban de soslayo como si el despido fuera un hecho transferible, una enfermedad contagiosa e incurable.

Los primeros dias vagaba por la ciudad con el diario bajo el brazo, en la página de avisos clasificados, subrayados con bolígrafo, los pedidos que le interesaban. Subia y bajaba escaleras, tocaba timbres, enfrentaba a gordos jefes con gestos distantes que lo exploraban con miradas expertas desde los zapatos vencidos hasta los mechones canosos de su escaso pelo. "Llega tarde, ya está cubierta la plaza", "Queremos a alguien más joven" o un rotundo "no, no, no, no" como la onomatopeya de un extraño pajarraco, eran algunas de las respuestas que se habia aprendido de memoria Nicanor.

Comenzó a quedarse en casa, más taciturno y silencioso cada dia, más apretado el entrecejo, más decepcionado de todos y de él mismo. Pasaba horas mirando por la ventana hacia afuera, los ojos húmedos e interrogantes.

–¿Papá está enfermo?

–No, hijo... está preocupado, nomás...

Nicanor Sierra se internaba cada vez más en esa zona en la que sólo él podía entrar. Tercamente ensimismado, no respondia ya a los reclamos de Elvira "el dinero se terminó, qué vamos a hacer, por qué no vendes la máquina de escribir..."

–...o cualquier cosa, yo que sé... pero por favor, hay que hacer algo...

Un golpe de llanto rabioso y un portazo, no modifican la expresión de Nicanor, entre estúpida y absorta.

Gómez habia llamado desde la oficina. Queria saber cómo estaba y avisarle la fecha de pagos. "...tenés unos pesos para cobrar..." "Gracias".

El odio que sentía hacia el jefe, era un odio puro, feroz, sin matices. Un sentimiento tan irrefrenable como el instinto de vivir. No soportaba ni el recuerdo de su rostro. Ni su voz, "ah, su asquerosa voz dando órdenes, mandoneando todo el santo dia. Ahuyentaba la imagen con gestos de las manos o volviendo la cabeza a otro lado. Pero era inútil. El jefe reaparecia con la dura mirada clavada en él. Aún cerrando los ojos, oprimiéndolos, seguia allí.

Se incorporó en el banco para eludir otra vez aquel recuerdo insoportable. Un temblor de frio o pánico, lo determinó como a una linea gris y temblorosa. Comenzó a caminar. La mañana maduraba lentamente.

La lluvia de aquella tarde golpeaba los vidrios de la ventana, borraba los contornos conocidos de los edificios vecinos, empujaba sin quererlo al territorio del sueño. Nicanor se dejó llevar sin balbucear nada, sin oponer resistencia, se dejó llevar tan rápidamente que no atinó a buscar el paraguas o el impermeable (hasta la llave quedó brillando sobre la mesa de noche) y entró en el denso muro de agua de la lluvia. En el sueño, cobró la energia y el arrojo que jamás tuvo, –pensaba chapoteando el agua en la calzada– uno no es el mismo en los sueños que en las vigilias, pero es uno, claro, si es uno el que sueña, y no otro. Se sorprendía frente a lugares de su barrio que nunca había visto, (oh, la magia de los sueños) y algunos rostros le sonreian y manos enguantadas lo saludaban e inclinaban apenas los paraguas encharolados y él se dejaba llevar por las vias azules del ensueño, pero esta calle si la reconozco, es San José, o se le parece mucho, tan iluminada, tan llena de escaparates con cosas que le gustarian a Elvira, vaya si le gustarian, aparatos electrodomésticos para la casa, ropas y juguetes para los chicos, un tapado para ella, y Nicanor enjuga los goterones en los ojos, la lluvia arrecia, los duros relámpagos atraviesan el cielo negro y titilan los semáforos dando peso al tedio y a los ómnibuses como gigantescos anfibios llenando la calle. Se detiene sorprendido. Allí va Gómez y más atrás Ana Maria con la misma descolorida capa de lluvia y uno a uno salen sus compañeros de la oficina que mantiene aún las luces encendidas y corren todos acuciados por su sed de hogares y olvido por algunas horas de olivettis y expedientes y ahora si las luces se apagan y en un instante el silencio se adueña de la calle, ahoga los claxones y las voces de los canillitas y él no oye más que el gorgoteo ácido de su saliva en la boca y de pronto el jefe asoma su repugnante rostro oteando el porvenir del tiempo y Nicanor da un salto

el salto

más grande que nadie vio jamás y un aullido animal escapa de su garganta y dibuja una elipse roja hasta el grueso cuello del jefe y el cuchillo que esgrime en su mano sale del cuerpo del otro con gotas de sangre que la lluvia borra súbitamente.

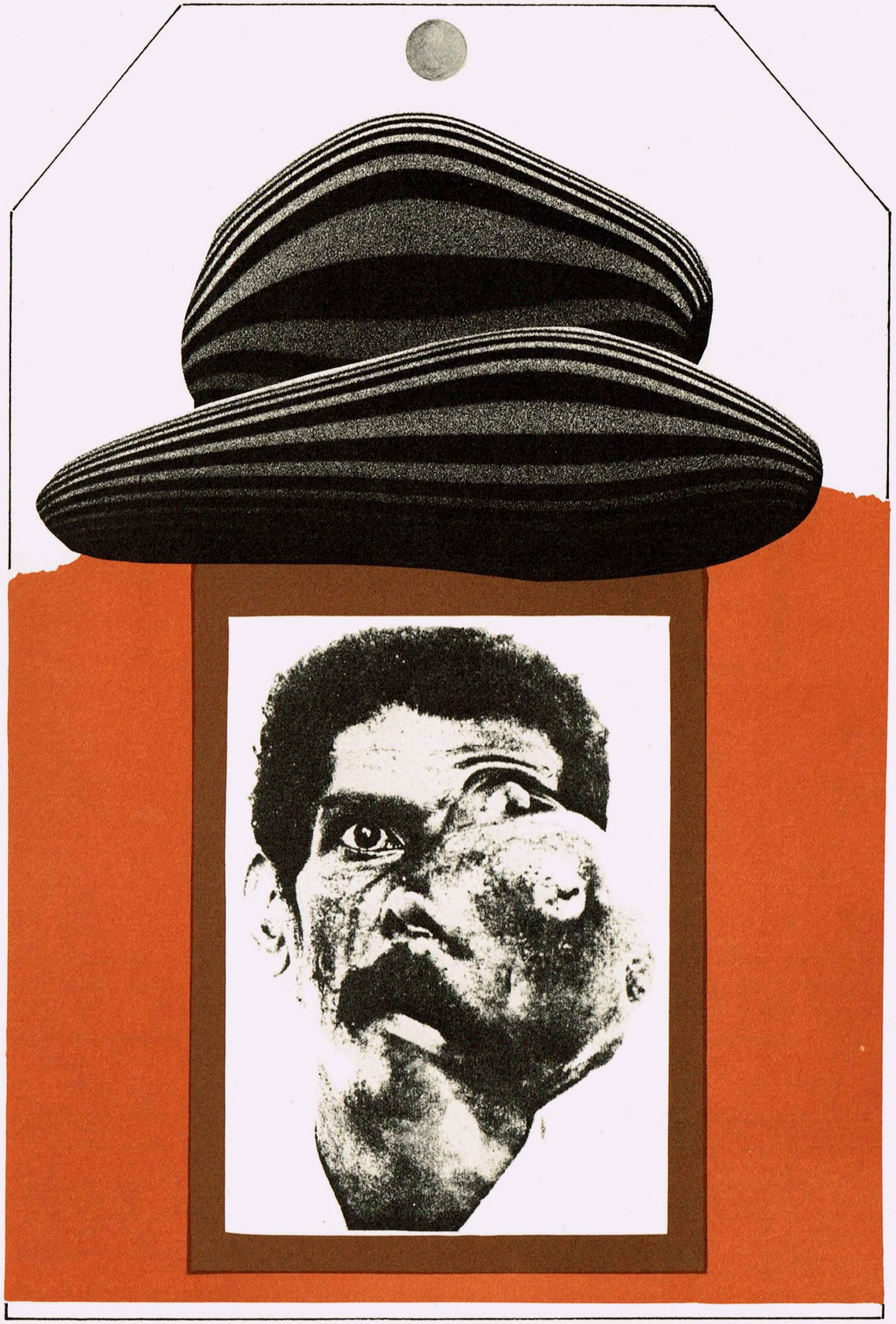
Cuando Nicanor Sierra despertó, la habitación estaba en penumbras. La lluvia habia cesado. Algunas gotas quedaron prendidas en los vidrios de la ventana y reverberaban por momentos, iluminadas por la luz de un letrero luminoso del piso inferior. En la casa, un silencio oscuro y untuoso.

Cuando Elvira irrumpió en el cuarto con el rostro desencajado y una honda consternación en la mirada, Nicanor la miró con ese afecto fraternal que une a los que comparten durante mucho tiempo, sueños, cama apenas tibia.

–¡Mataron a Garrido! – casi le reprochó.

Volvió a mirarla. En su ojos, la inocencia de quien ha dejado en el reciente sueño una gran carga de obsesiones.

–Y... tenia que suceder alguna vez, ¿no? – respondió con vagedad, y se puso a frotar con una uña una mancha de sangre en el bajo de su pantalón. En su rostro taciturno, se fue abriendo paso una sonrisa que no era feliz ni cruel, sino un simple rictus de amarga duda, de existencial cavilación, un tajo oscuro en la boca, la marca delatora de un negro descenso a la sinmemoria.



"EL SUEÑO DE NICANOR SIERRA"
de Julio C. Carvajal
ilustrado por
Eduardo Acosta Bentos

CUENTO SELECCIONADO EN EL CONCURSO ORGANIZADO POR CLUB DE GRABADO DE MONTEVIDEO. JURADO: JORGE ARBELECHE, JORGE ALBISTUR Y MILTON FORNARO.

CUENTOS ILUSTRADOS CARPETA Nº 3

EL CUENTO: Julio C. Carvajal. Nace en Colonia Suiza, Nueva Helvecia. Publica cuentos y poemas en distintas revistas y periódicos de Montevideo y del interior. En 1948 publica su libro de poemas "Gris Vertical". Viaja a Europa, donde ejerce como periodista en publicaciones de Madrid y Barcelona. En 1965 publica su novela "Los grises"

LA ILUSTRACION: Eduardo Acosta Bentos. Nace en Montevideo en 1951. Estudia en la Escuela Nal. de Bellas Artes (1968/1973). Realiza varias exposiciones individuales y participa en numerosas colectivas en el Uruguay y en el exterior, obteniendo entre otros, el Gran Premio para Jóvenes Pintores. Club de Golf; Medalla de Oro, 1º Bienal de Salto y Premio Edición Club de Grabado, VI Concurso Nal. de Artes Gráficas.

Nº 342 - AGOSTO 1982 - Tiraje 1.400 ejemplares, 100 impresos sobre papel de 205 grms. firmados, numerados y controlados por el autor. Impresión realizada en Artegraf. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349. D.L. 175.257.

5

CLUB DE GRABADO DE MONTEVIDEO